

---

---

*DISCURSO del profesor don Valentín Letelier, pronunciado en la distribución de premios a los alumnos de la Universidad i del Instituto Nacional, la cual tuvo lugar el 17 de setiembre presidida por S. E. el Presidente de la República.*

~~~~~

Excmo. señor:

Señores:

Una i otra vez se ha manifestado, en ocasiones análogos, dentro i fuera de este recinto, cual es el propósito que se persigue al entrelazar en una misma corona los laureles que la juventud obtiene en las nobles lides de la intelijencia con aquellos que los padres de la patria obtuvieron al caer en los campos de la gloria.

El propósito, como todos vosotros lo sabeis, es grabar de una manera perdurable en el corazón de las nuevas jeneraciones, de aquéllas que se preparan a empuñar próximamente las riendas del Estado, la mas noble de las tradiciones políticas de Chile, cual es, que la prosperidad i la grandeza de este pueblo van indisolublemente vinculadas al constante desarrollo del espíritu nacional i de la enseñanza pública.

Es, señores, política tradicional que honra a la República chilena la cariñosa atención que siempre se prestó por los gobiernos de todos los partidos a las instituciones de la educación popular; i esto, no con el banal intento de formar doctores, gramáticos i académicos: sino como lo espresaron los Senadores de 1818, con el nobilísimo intento de formar buenos ciudadanos, esto es, ciudadanos capaces de cooperar a los fines sociales del Estado i de la política.

Bajo de este respecto, creo yo, señores, que sin renunciar a la tarea mas noble i al medio mas eficaz de gobierno, un Estado no puede ceder a ningún otro poder social la dirección superior de la enseñanza pública.

Para el sociólogo i para el filósofo, señores, bajo el respecto indicado, bajo el respecto moral, gobernar es educar i todo buen sistema de política es un verdadero sistema de educación, así como todo sistema jeneral de educación es un verdadero sistema político. Es, por tanto, doctrina esencialmente materialista, indigna de todo repúblico de espíritu superior, la de que el Estado no debe curarse mas que del orden material de la sociedad. Nó señores! las tradiciones invariables de la política chilena, no menos que los dictados de la sana filosofía, nos enseñan que el Estado tiene también cura de almas i corazones, como quiera que su misión mas elevada no es la de atender a la conservación del orden actual o material sino la de atender al desenvolvimiento del orden eterno o moral.

En lo antiguo, señores, no se comprendían de otra manera los deberes del Estado. El mas notable tratado político de Platón es un verdadero tratado de educación; i no fue un cualquiera, fue el príncipe de los pensadores i de los filósofos, fue el incomparable Aristóteles el que sentó que la educación debe guardar armonía con la organización política del Estado; que la educación debe ser atención preferente de los repúblicos; que en todas partes donde la educación es descuidada el Estado tiene que sufrir rudos golpes; que es grave error creer que en estas materias cada ciudadano es dueño absoluto de sí mismo, pues todos pertenecen al Estado, del cual son elementos; que si uno solo, por vicio de educación es indisciplinado, el Estado mismo se contamina con este desorden; que la verdadera igualdad resulta de la educación reglada por buenas leyes, etc., etc. Para nosotros, concluía, es evidente que la lei debe reglar la educación i que la educación debe ser común (1).

Esto se escribía, señores, ha dos mil años; pero responde tan positivamente a las mas vivas i permanentes necesidades de la sociedad humana, que parece haberse escrito ayer no mas, en el seno de alguno de los estados mas cultos, i hasta hoi mismo conserva toda la frescura i lozanía de las verdades eternas i univer-

---

(1) Aristóteles: *La Politique* Liv I. Chap V. § 12 Liv V. Chap I. § 1, § 2 i § 3 i Liv. VIII Chap. VII § 20.

sales, que nunca envejecen i ostentan en todos tiempos i lugares la juventud i la belleza del primer día.

En nuestros propios días, señores, vemos que las dos cabezas mejor organizadas de la filosofía contemporánea, cuales son Augusto Comte i Herbert Spencer, se cuentan a la vez entre los que han tratado mas a fondo los problemas relativos a la política i a la educación pública, reanudando así, después de veinte siglos, las tradiciones sentadas por las dos cabezas mejor organizadas de la filosofía griega.

Para el inmortal fundador de la filosofía científica, ningún poder humano podría prescindir del apoyo espiritual, porque lo que en política se llama fuerza es un mero concurso de voluntades; i este concurso, agrega, si se puede formar ocasional i transitoriamente por una unión de intereses, no se puede mantener i desarrollar sino al doble influjo de una comunidad de sentimientos i de una comunidad de opiniones (2).

Por eso, los gobiernos mas fuertes, esto es, mas aptos para cumplir sus fines, no son aquellos que cuentan con un ejército mas numeroso, mas disciplinado, mas aguerrido. Son aquellos que cuentan con el apoyo mas decidido de aspiraciones realmente sociales, pudiéndose afirmar categóricamente que el Gobierno absoluto no puede ser popular sino allí donde existe la absoluta unidad de creencias; i que, por la inversa, todos los medios imaginables de opresión no sirven sino para mantener precariamente el orden material; pero no para crear el orden social allí donde el espíritu nacional está fraccionado por la diversidad de creencias i doctrinas.

Nunca dispuso en lo antiguo el poder temporal de tantas fuerzas materiales como al presente; jamás ensayaron los gobiernos medios tan poderosos de dominación; i la mas arguciosa de las tiranías de otras edades no pudo inventar armas de aniquilamiento tan desastrosas como las armas de fuego de nuestros días. Sin embargo, nunca fue menos estable el orden social ni mas inconsistente que en nuestros tiempos.

En todos los estados cultos, las leyes suceden precipitadamente a las leyes, i aun las constituciones, a las constituciones; reformas todavía no bien maduras suplantán a reformas todavía no bien

---

(2) Comte. *Cours de Philosophie Positive*. IV. páj. 215.

ensayadas; i aun aquellas instituciones, la propiedad, la familia, el Estado mismo, que parecían incommovibles porque tienen sus raíces en las profundidades de los tiempos prehistóricos, son violentamente azotadas por el vendabal i se muestran débiles para resistir a la tormenta.

¿Cuál es la causa de este estado convulso de las sociedades que dura hace ya un siglo i que las inhabilita para acometer i realizar obras radicales i duraderas?

Es, señores, que no hai unidad de creencias; i por lo mismo, en los gobiernos, sujetos a cambios continuos de personal, no hai firmeza de miras. Es que no existe un interés social que ligue a todos en una cooperación común. Es, en fin, que en el sistema de inevitable tolerancia en que todos los partidos i sectas tienen que vivir, cada uno se condena a la impotencia respecto de los demás, o se ve reducido en los casos de mayor poderío a obrar a medias, a contemporar con las pretensiones opuestas, a transijir continuamente, dejando así siempre suspensa la solución definitiva de todos los problemas sociales i políticos.

Por eso en todos los tiempos se han hecho reiterados esfuerzos para fundar el Gobierno de los pueblos en algún sistema de educación propio a crear la indispensable converjencia de voluntades. Porque, en efecto, el fin social de la enseñanza es justamente ese, la converjencia de todos los corazones a un mismo propósito i de todos los entendimientos a una misma fe con el deliberado intento de producir el desarrollo armónico de todas las fuerzas activa de la sociedad.

Al presente, es verdad, no se destacan claramente este fin i esta influencia de la educación pública, porque no rije un sistema homogéneo de enseñanza; i el que rije no puede, por su naturaleza intrinsecamente contradictoria, imprimir un rumbo bien determinado a los educandos. Antes bien, los condena a perpétuas fluctuaciones, a dudas i perplejidades mortificantes.

En particular, nuestra Universidad adolece de graves deficiencias que en gran parte la inhabilitan para cumplir su elevada misión. Para no mencionar mas que las capitales, sin hablar ahora del empirismo jeneral de su enseñanza, es sabido que las mas nobles de sus facultades, la llamada a ser el verdadero seminario del profesorado secundario, i a servir en este carácter de lazo de relación entre el instituto superior que crea la ciencia i los institutos secundarios que la difunden, la facultad de filosofía i huma-

nidades, en fin, no existe sino en el papel i en el nombre. Es también sabido que por esta misma causa, aquellas ramas de la ciencia que atañen al orden moral, que son las que mas realzan su aplicabilidad social i las que la elevan a la dignidad de una filosofía general, no están hasta ahora representadas por una sola cátedra.

Afortunadamente, señores, unos dos nuevos proyectos que se trata de llevar a cabo, el de un curso de administración i política i el de un seminario pedagógico, están destinados a llenar en gran parte esos vacíos; i la Universidad espera de vos, Excmo. señor, que así como habeis puesto decisión en su creación inicial, pondreis perseverancia en su realización completa.

Para llevar a cabo estos adelantamientos, el Estado encontrará un terreno perfectamente llano, porque en los cortos años de vida que nuestra Universidad cuenta, no ha habido tiempo para que se arraiguen esas tradiciones del clasicismo, que, en las universidades antiguas de Europa, suelen ser rémora del progreso científico.

Fundadas aquellas universidades en una época en que todos los estudios *humanos*, a diferencia de los estudios *divinos* de la teología, estaban reducidos a los clásicos griegos i latinos, se formó desde entonces la idea de que era todo uno, la literatura antigua i las humanidades.

Pero nuestra Universidad, que ha nacido en el siglo mas jenuinamente científico de la historia, sabe mui bien cuán prodijiosamente se ha ensanchado desde aquella época el campo de los estudios humanos. A la sazón, la riqueza principal de las humanidades no consiste ya en las obras fósiles de la estinta civilización pagana. Relegadas esas a segundo término, su riqueza principal consiste ahora en aquellas obras admirables que la ciencia moderna ha creado i que guardan en sus páginas junto con el espíritu vivificante del universo, las leyes que rijen a las tempestades i a las revoluciones, a los pueblos i a los gobiernos, a la naturaleza i a la humanidad.

Igualmente virjen se encuentra nuestra Universidad de esas preocupaciones literarias de algunos institutos docentes del antiguo mundo, según las cuales la educación por excelencia del ingenio no consistiría en enseñarle a conocer la verdad i el bien, sino en adiestrarlo en el arte de espresarse con elegancia i pulimiento. Creo yo, señores, que todos los actos de los seres morales deben tener una finalidad moral; que, por consiguiente, así como no es lícito escribir por escribir ni hablar por hablar, no lo es tampoco

enseñar a hablar por hablar, enseñar a escribir por escribir; i que preferir en la enseñanza nacional la literatura a la ciencia, tanto vale como sacrificar deliberadamente el concepto a la forma perdiendo en progreso real del espíritu mucho mas que lo que se pudiera ganar en cultura esterna.

Lo que hoy se apellida literatura, esto es, el conjunto de producciones intelectuales sin intención moral, ni concepto filosófico, ni enseñanza científica, no fue conocido en la historia sino en las épocas de decadencia de las sociedades. Fue en las épocas de decadencia de Grecia i de Roma cuando aparecieron i se desarrollaron, como los hongos en los terrenos húmedos de nuestros fértiles valles, los banales imitadores de Esopo i de Fedro, los retóricos rimbombantes, los gramáticos apegados a la letra i a las virgullitas, i los panejiristas de oficio, menguados ensalzadores del vicio i el despotismo. Fue entonces cuando se vieron por primera vez ingenios superiores que, convertidos en relamidos literatos, no se atrevían a decir libremente lo que pensaban temerosos de que la forma de la expresión ofendiera los castos oídos de los gramáticos. Fue entonces, en fin, cuando al encontrarse en presencia de los emperadores, en vez de esponerles los males que corrían al Imperio, en vez de fijarles el rumbo que debían imprimir a la nave del Estado; los sabios del paganismo se ceñían a entonar loas de adulación i a declamar discursos de aparato, dejando que los pensadores de la nueva filosofía, dejando a los Atanasios, los Lactancios i los Ambrosios monopolizaran por completo la independencia del espíritu i reivindicaran para la cristiandad los fueros de la dignidad humana.

La época actual, señores, en que yace rota la unidad de creencias; época en que por falta de una filosofía jeneral, los escritores, que viven del vulgar aplauso, tienen que dedicarse a componer obras de mero entretenimiento auditivo, i que ocultar o paliar cobardemente sus opiniones para medrar; época en que los públicos mas cultos viven enamorados de la forma i en que la belleza sirve de patente de indemnidad a la obscenidad, es bajo de estos respectos del todo en todo semejante a las épocas de decadencia de la civilización greco-romana.

Pero así como a los fines del mundo antiguo empezó a desarrollarse, desdeñada por los retóricos de la filosofía caduca, una literatura nueva, la literatura cristiana, que con ser de formas toscas i rebeldes a las leyes de los gramáticos, estaba destinada a mora-

lizar las sociedades i a difundirse universalmente; así en los últimos siglos ha venido surjiendo, surjiendo silenciosa pero irresistiblemente una nueva literatura, cuyas obras desdeñadas por los retóricos de moda i por los rancios filósofos de la escolástica encierran en sí los frutos mas estupendos del espíritu humano i mil secretos i virtudes ocultas, los secretos i las virtudes de la ciencia, para rejuvenecer las sociedades, para restablecer el orden moral, para dar nuevo vigor a los gobiernos, para inspirar nuevos i mas excelsos ideales al arte.

De aquí proviene que en los Estados cultos de nuestros días, la mejor política será, como en la época de descomposición del mundo antiguo, como en la época del gran Constantino, "aquella que adopte mas prontamente un sistema jeneral de educación pública fundada en la nueva filosofía. Precizado por su propia naturaleza i destinación a mantenerse por encima de todas las sectas i partidos, el estado está lójicamente forzado a la adopción de este sistema porque de todas las enseñanzas, la única que todos aceptamos como verdadera, la única que no nos divide es la enseñanza de la ciencia.

Especialmente hoy, ante la tentativa que se hace para ocasionar en la sociedad chilena un fraccionamiento análogo al que trae convulsa i debilitada a la sociedad belga, el estado debe seguir mas resueltamente que nunca las uniformes tradiciones de nuestra política docente. Reserve, pues, esclusivamente para sí todas aquellas prerrogativas jurídicas, como la colación de grados, que solo en virtud de una delegación espresa de su soberanía, pueden ser ejercidas por autoridades estrañas. Cúidese de ceder a otras manos fuerza i armas que juntamente servirian para combatirlo a él i para ahondar las divisiones en la sociedad chilena. Contrarrestar decididamente la influencia sectaria de una enseñanza que propende derechamente a reaccionar contra el desarrollo de nuestra cultura social, contra la influencia moderadora de una enseñanza puramente científica de no vulnerar los fueros de ninguna conciencia. I sobre todo, pongan los institutos de instrucción pública en condiciones de superioridad tal, que todo padre de familia se sienta inclinado a preferirlos para la educación de sus hijos.

En particular, es necesario que la Universidad, espresión la mas elevada de nuestra cultura intelectual, se convierta cuanto antes en una institución realmente nacional por su carácter i por sus funciones. Llamada como corporación docente a desarrollar la cien-

cia, corresponde a ella como poder espiritual, como superintendencia de instrucción pública, imprimir a la enseñanza nacional el doble sello de la aplicabilidad social i de la unidad científica; i mantener perennemente encendida en este suelo la luz de la filosofía.

En este doble carácter, señores, i solo en este doble carácter, como la Universidad está destinada a ser un medio social de gobierno, propendiendo a restablecer i conservar la unidad del espíritu nacional, i a contrarrestar i neutralizar las tendencias perfectamente lejitimas, pero inevitablemente dispersivas de las sectas i de los partidos.

En suma, institución sin antecedentes en nuestro pasado, planta arraigada que no jermínó de semilla, creación hecha de la nada por el Estado chileno; es la enseñanza nacional como una obra que, para realizarse, ha tenido que elaborar por sí misma sus propios materiales. Inspirados por una clara percepción de las necesidades superiores de la República, los padres de la patria, en quienes la elevación de miras suplía con creces a la falta de saber, la dieron forma i vida a costa de sacrificios indecibles. La patria misma (se puede decir), cuando su propia existencia no estaba todavía bien afianzada ni contaba aun los tiernos años de una niña núbil, la adoptó como hija predilecta entre todas las instituciones públicas i la nutrió con maternal solicitud a costa de su débil ser.

La enseñanza nacional, de consiguiente, es por su historia no menos que por los frutos que rinde a la cultura de esta sociedad, la obra mas chilena i mas esencialmente patriótica del Estado. Todos los chilenos estamos interesados en conservarla para bien de la República i obligados a custodiarla contra las osadías de un doctrinario estraviado. Chile no sería por su cultura el primero de los estados americanos, sería el último de ellos, como fue durante 300 años la última de las colonias españolas, si no hubiera dado tan enéjico i perseverante esfuerzo a la enseñanza pública. Los que componemos la actual jeneración la hemos recibido de nuestros padres como una herencia de cultura que no podemos repudiar sin repudiar la cultura misma, i como una herencia amayorazgada e inalienable que nos impone el deber sagrado de trasmitirla a nuestro turno acrecentada, so pena de cargar con el vituperio de la historia.



✓ Excmo. señor:

Señores:

Que en estos deberes i principios se inspire la política i se eduque la juventud de la República, deben ser los deseos de todo sincero amante de la patria i de la ciencia.

////////////////////